



Monterrey, las nostalgias de una ciudad

Celso Garza Guajardo

MONTERREY,
LAS NOSTALGIAS DE UNA CIUDAD



Ediciones de la Hacienda San Pedro



**MONTERREY,
LAS NOSTALGIAS DE UNA CIUDAD**

Celso Garza Guajardo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MONTERREY, N.L., MÉXICO



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

José Antonio González Treviño
Rector

Jesús Áncer Rodríguez
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

José Reséndiz Balderas
*Director del Centro de Información de Historia Regional
Hacienda San Pedro "Celso Garza Guajardo"*

Dinorah Zapata Vázquez
*Coordinadora General del Centro de Información de Historia Regional
Hacienda San Pedro "Celso Garza Guajardo"*

Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías
Alfonso Reyes 400 norte, planta principal
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
e-mail: publicaciones@seyc.uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Primera edición: 2009
© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Celso Garza Guajardo

Impreso en Monterrey, N. L., México
Printed in Monterrey, N. L., Mexico

PRESENTACIÓN

La presente obra contiene dos excelentes crónicas del Monterrey de ayer: *Calzada Madero, ¿quién te quiere?* y *La Alameda, un sueño de Monterrey*; escritas y editadas en la década de los ochenta por el maestro de la crónica, Celso Garza Guajardo.

Hablar del maestro Celso es hablar de una personalidad completa y poseedora de un espíritu tan lleno de valores, de ejemplo de trabajo, de grandes retos; siempre vestido con el traje sencillo y fresco de esos sus personajes de la aldea, los cuales fueron los protagonistas de múltiples de sus crónicas.

El maestro Celso Garza Guajardo fue un personaje multifacético, hombre de ideas políticas, de cultura, de tradiciones y costumbres de gente sencilla de pueblo, escritor, editor de libros, promotor de nuevos valores de la crónica y la historia regional, creador de un espacio y una propuesta de hacer historia por parte de nuestra Universidad Autónoma de Nuevo León cristalizada con la aportación de un espacio que resume toda su filosofía cultural, como lo es la Hacienda San Pedro que hoy en día con

merecida dignidad y justicia lleva su nombre.

El texto que hoy tenemos en las manos nos muestra al maestro Garza Guajardo en su labor como cronista, no sólo de su pueblo Sabinas Hidalgo, sino como un auténtico narrador de las tradiciones y costumbres de todos nosotros.

Así como los Cronistas de Indias relataron su visión de la conquista de América, en muchos casos habiendo participado en las campañas o transcribiendo lo que les fue contado por los expedicionarios, el maestro Celso Garza nos lleva a un paseo por la nostalgia y el recuerdo de imágenes de espacios urbanos que son emblema de nuestra ciudad y nos permite no sólo imaginar los lugares, sino también la dinámica de vida que ahí se tenía; el maestro logra presentarnos el alma de la Calzada Madero y de la Alameda de Monterrey.

Estas crónicas son una muestra fiel del estilo del maestro Celso y su peculiar forma de conjugar el tiempo, el espacio y sobre todo, llevarnos al sentimiento de las cosas, de los lugares y de los hechos.

Dinorah Zapata Vázquez
Coordinadora General del CIHR

Hacienda San Pedro, Zuazua , N.L. verano de 2009

I
LA ALAMEDA, UN SUEÑO
DE MONTERREY

LA ALAMEDA, UN SUEÑO DE MONTERREY

Buscar la historia de un paseo público como el de la Alameda, es tratar de narrar uno de los tantos cuentos del nunca acabar de la ciudad... Es similar a la calle que se cambió de nombre, la acequia transformada en drenaje, la avenida prolongada sin fin, las labores fraccionadas, los cerros residenciales o las viejas mansiones de casonas de sillares pulverizadas en una explanada...

La historia de la ciudad es como la historia de una casa grande y de quienes habitan en ella... empezando por los sólidos cimientos, los primeros cuartos, las primeras generaciones, las odiseas de los trabajos y de las fortunas, los nuevos planes y proyectos, los avances y fracasos, los que se van, los que destacan, los que regresan, los que mueren y los que viven.

La historia de una ciudad como sinónimo de una casa grande, es el seguimiento a los constantes agregados: las escaleras, los segundos pisos, las estancias, las azoteas; sus problemas de agua, de luz, de

educación y de recreación. Es una historia con interminables horas de agobiantes trabajos, de remansos envueltos en inquietudes y en descanso de domingos aislados y vagabundos...

De ahí parte la historia de la Alameda, envuelta en las remembranzas a los patios de las casas grandes que se dejaron de tener en las ciudades... Los patios de las casas grandes eran lugares de sombras, de árboles, de norias y de caminitos... Lugares de escondites y de recuerdos. Eran los solares cercados con bardas de sillares y de piedras con portones de entrada y de salida.

La Alameda, en su historia, es algo así como el patio común de la ciudad que fue siendo... el patio abandonado de la ciudad que creció y el patio vuelto a retomar de la ciudad transformada intentando volver a sus orígenes. La Alameda surge cuando la ciudad enuncia sus formas, cuando desea sentirse regia, colonial o republicana, pueblerina o metropolitana. Al igual que las historias de los patios de las casas grandes, la historia de la Alameda ha pasado por épocas, desde que se le traza y se le define, se le foresta y se le engalana, hasta que es sometida a todo tipo de terapias y de maltratos, de olvidos y de sinsabores.

O sea, le ha pasado lo mismo que a cualquier patio de casa.

Lo de «cuento de nunca acabar» es por lo que de «casera» tiene la Alameda. En las casas, el quehacer nunca se acaba, siempre lo mismo y siempre algo distinto a la vez, como en el cotidiano trabajo de los hogares. Igual ha sido en la alameda, nunca se ter-

mina de arreglar, nunca se finiquita por completo un proyecto sin que otro arranque en la esquina diagonal... es un cuento de nunca acabar, es un sueño sin despertar, el querer tener una alameda limpia, agradable y tranquila en todos los tiempos de la ciudad...

Históricamente, la Alameda es un espacio de la ciudad para redefinirse a sí mismo en su tiempo. En 1596, Monterrey surgió en lo que de hecho pudo ser considerado como una alameda natural; en su acta de fundación se dice en monólogo: «lugar apacible, sano y de buen temple; con buenos árboles frutales de nogales y otras frutas, con haber de muchos montes y pastos, ríos y ojos de agua manantiales...».

Doscientos años más tarde, aún en la colonia, durante el gobierno de Simón de Herrera y Leyva (1795-1805), se trazó una alameda, la cual aparece en el plano de Monterrey de 1798 levantado por Juan Crousset. Lo que pudo haber sido esta alameda, corresponde al sector de las calles de 15 de Mayo, entre Zuazua y hasta Diego de Montemayor. Tenía de por medio el canal del Ojo de agua y en sus riveras frondosos árboles que permitían a los vecinos de entonces refrescantes paseos junto a los manantiales.

Esa fue la primera alameda en los sueños del Monterrey de fines del siglo XVIII y primeras décadas del XIX.

Aquella alameda quedaba en las afueras de un Monterrey de tan sólo 7 mil habitantes y cuyo caserío se situaba en torno a la plaza –aquí, donde esta-

mos-^{*} y la parroquia entre la ribera del río Santa Catarina y la hoy calle de Matamoros, de Mina hasta Juárez.

Al paso de los años, la ciudad tomó trazos rectangulares por el norte y el poniente. La alameda colonial fue quedando tan sólo como una referencia para su calle de oriente a poniente, la que recibió el nombre de Calle de la Alameda o de Ojo de agua de Santa Lucía y después Calle del 15 de Mayo.

Esa alameda retornó en solares y en el nombre de una calle... Calle de la Alameda.

En 1862, en los documentos del Archivo Histórico Municipal de Monterrey se conoce otra nomenclatura: Calle de la Antigua Alameda, ¿qué había pasado?...

Era la época de Santiago Vidaurri, en pleno triunfo de la Reforma, en pleno apogeo del caudillo norteño. En el año de 1861, el Ayuntamiento de Monterrey, a iniciativa de su presidente José María Morelos, acuerda el trazo de una nueva Alameda, tomando para tal efecto el ejemplo de la alameda de la ciudad de México. El trazo abarcaría 16 manzanas, con 380 metros de cada lado, incluyendo las calles que para el caso serían delineadas también.

En el plano oficial de la ciudad de Monterrey levantado por el Ing. Isidoro Epstein, primer ingeniero de la ciudad en 1865, aparece por primera vez la alameda de 16 manzanas, lo cual abarcaba el doble de su trazo actual, o sea, de Washington hasta la calle de Espinosa; de Villagrán hasta Pino Suárez.

^{*} *Patio del Tribunal Superior de Justicia (Antiguo Palacio Municipal).*

rez. El trazo, en ese momento, era tan grande como el viejo casco de la ciudad.

Así, en 1861, empezó a hablarse de una Nueva Alameda y de una antigua Calle de la Alameda. De hecho, la Nueva Alameda era un gran terreno más delineado en planos de papel que sobre el lugar mismo. Las manzanas adyacentes a la nueva Alameda, estaban para entonces despobladas.

La calle Washington se trazaría y prolongaría hasta 1865; la ciudad tenía 32 mil habitantes.

Los primeros años de la nueva alameda fueron de olvido, de olvido sin malas intenciones. Con toda seguridad, las 16 manzanas contenían matorrales y aislados lugares de descanso. Otros hechos acaparaban la atención: la Intervención Francesa, los problemas del Triunfo Republicano, la Revolución de Tuxtepec, la llamada al poder de Porfirio Díaz y en el gobierno de Nuevo León, del General Bernardo Reyes. Veinticinco años habrían de pasar para que la Alameda tomase plena forma.

En septiembre de 1883, el alcalde Rafael Sepúlveda informa lo siguiente:

La llamada Nueva Alameda, que está bastante sucia, fue limpiada en una parte muy considerable en el mes que se viene tratando. Bien sabido es que siempre, casi todos los años, es un mes muy lluvioso que impide trabajar; y, por lo mismo, muy poco se puede hacer. Sin embargo, en los días que lo permitió el tiempo, se limpió la plaza del 5 de Mayo, la del Roble y la del Colegio Civil, continuando los trabajos de limpieza, comenzando con la Alameda Nueva.

De 1885 a 1887, Bernardo Reyes asume por primera vez la gubernatura de Nuevo León y entre otras cosas instala de inmediato un plan de obras públicas, las que habrá de continuar en sus sucesivos períodos de gobierno. Para tal efecto, instala una Junta de Mejoras Materiales, presidida por el Dr. José Eleuterio González, el Lic. Ramón Treviño, el Lic. Pedro G. Morales, don David Guerra y don Antonio L. Rodríguez.

Una de las primeras obras en arrancar, fue la construcción de la Penitenciaría del Estado en terrenos de la Alameda, obra que se emprendería en marzo de 1887. El gobierno consideró entonces la necesidad de reducir el proyecto paseo público a la mitad de su terreno, destinando cuatro manzanas para la Penitenciaría y otras cuatro para ser vendidas a particulares y obtener financiamiento para la obra... Así, la nueva Alameda pasó de 16, a 8 manzanas, a su actual dimensión. De eso, hace ya un siglo. El Dr. Gonzalitos y otros personajes, manifestaron su oposición a tales medidas; sin embargo, el general Reyes expuso sus razones de la siguiente manera:

Se podría objetar diciendo que esta alameda será tarde o temprano un lugar de recreo para los habitantes de la ciudad y por lo mismo deberá dejarse para el objeto que fue destinado. El gobierno no ha desdeñado, ni por un instante, esa circunstancia desde que se fijó en aquel lugar; pero tomó, desde luego, una consideración que dicho lugar tiene, relativamente una inmensa extensión, pues cuenta con el perímetro de 16 manzanas de 10 mil varas cuadradas cada una, y por consiguiente, sobra ahí para que se acabe

de formar el paseo de que se trata y para que se erija la Penitenciaría en proyecto.

En boga el régimen de Bernardo Reyes, el Ayuntamiento de Monterrey decide, el 19 de noviembre de 1888, lo siguiente: «El paseo conocido hasta ahora, con la denominación de nombre de Alameda Porfirio Díaz... Para lo cual acuerdan colocar una placa con la inscripción correspondiente».

La Alameda Porfirio Díaz toma así nombre y forma. Los alcaldes de Monterrey pasan a ser, por así decirlo, sus cronistas oficiales. En los informes al cabildo destacarían, habitualmente los arreglos, los cambios y las modificaciones posteriores del paseo. Veamos algunas «alamederas» crónicas de los alcaldes:

En 1891, el Alcalde Dr. Lorenzo Sepúlveda, informó lo siguiente:

Se colocaron pavimentos de cemento Pórtland... En alrededor de las fuentes y zócalo de la Alameda Porfirio Díaz... En la alameda, además, se ha trabajado constantemente, ya plantando o trasplantando árboles, sembrando zacate inglés, construyendo arriates y, como mejora de más cuenta, merece mencionarse la colocación de dos hermosas fuentes de fierro colado, manufactura americana, que importaron cerca de 2 mil pesos.

En 1892, el informe es el siguiente:

En la alameda... se pavimentaron con piedra y grasa triturada, 9,544 metros cuadrados con objeto de dar solidez y nivelación a las avenidas destinadas al paseo de coches.

Se construyó en la plazuela central del mismo sitio, un elegante quiosco, manufactura de la casa de los señores Price, el que importó a la ciudad la cantidad de 2 mil 400 pesos, y se colocaron en toda la extensión de la misma alameda, 200 bancos nuevos, de fierro y madera, contruidos por la referida casa, por el precio de 2 mil pesos, del que se ha cubierto para ahora 10,005 pesos y el resto es obligación pagarla en abonos mensuales de cien pesos... En el paseo de referencia se ha atendido constantemente en la plantación de árboles y además, a la construcción de varios pequeños puentes a través de las varias acequias que conducen el agua destinada a su regadío.

En 1893, el alcalde Carlos Berardi informa:

No fue menos el cuidado que se tomó de la alameda Porfirio Díaz que debe de ser considerada con razón como nuestro principal lugar de recreo. Ahí se mejoró el piso de los andadores, se le puso barandal y el quiosco que ocupa la parte central, se cubrieron las cañerías y se tuvo especial empeño para la conservación del bosque, procurando el buen aprovechamiento de las aguas destinadas al riego y atendiendo a la poda y plantación de árboles.

Las fuentes, bancas y faroles de la alameda, lo mismo que la de todas las demás plazas de la ciudad, recibirán nueva pintura durante el año.

En 1895, el mismo alcalde habla de la prolongación de la calle Rayón en una cuadra al norte hasta llegar a la Alameda Porfirio Díaz y luego dice:

Se construyó un parque para servicio y un lago para cisnes. 25 ciervos, 10 cisnes, 3 gansos y otras aves.

El 19 de diciembre de 1898, la Alameda se engalana como nunca para recibir la única visita presidencial en su historia, el Gral. Porfirio Díaz estaría en una serenata y paseo, de las 8 a las 11 de la noche... Párrafos de la crónica de tal suceso, son los siguientes:

Todo el hermoso paseo estaba la noche del 19 iluminado con profusión y brillantez extraordinarias por focos de luz eléctrica que alumbraban intensamente las anchas avenidas y por farolillos venecianos que esparcían su discreta luz por entre el follaje de los árboles.

Los vistosos fuegos artificiales arreglados por un pirotécnico de Nueva York, llamaron grandemente la atención. Las girándulas de luces multicolores, las flores de oro y plata, verdes y rojas que se deshacían silenciosamente en el espacio, los cohetes que rayaban tupidamente el cielo, las bombas que en lo alto se desgranaban en detonaciones sucesivas y extendían los colores de nuestra bandera en el fondo estrellado de la noche, todo era de un efecto nuevo y sorprendente. Cuando por último apareció, artísticamente formado por luces de bengala el retrato del Sr. Gral. Díaz circundado por una inscripción alusiva, la aclamación fue unánime, atronadora, inmensa.

En 1903, se informa:

Con destino a la Alameda Porfirio Díaz, se trajeron 279 estacas de árboles procedentes de Montemorelos.

En el informe de 1906, se dice:

En la Alameda Porfirio Díaz, se cercaron con madera algunos árboles, arreglándose 18 juegos de agua, se compraron 2 cisnes y 4 pares de gansos... en la celebración del primer centenario del Benemérito, con este motivo la Fundación mandó construir un hermoso arco, este arco se colocó en la entrada sureste del Parque Porfirio Díaz en 1908.

El Ayuntamiento por considerarlo de justicia, en cabildo extraordinario del 11 de enero acordó aumentar los emolumentos destinados al pago de guardabosques de la Alameda Porfirio Díaz.

En 1911:

...Se plantaron 204 fresnos y se construyó el invernadero de la Alameda Porfirio Díaz.

Ya en la época revolucionaria en 1912, se construyó un jardín estético compuesto de plantas finas y una jaula para la procreación de los patos y gansos. En este informe se estableció una crítica a dicho paseo público a tono quizás con el momento que se vivía:

La Alameda Porfirio Díaz es demasiado reducida y quizás antihigiénica por encontrarse en el centro de la población, cuya atmósfera se halla impregnada de polvo sucio que se levanta de las calles y el tráfico de vehículos y del humo venenoso que despiden las chimeneas de las diferentes fábricas.

A partir de los informes de 1914, 1915 y 1916, se oficializa el cambio de nombre: ahora será Alameda Mariano Escobedo.

Los problemas por tratarse seguirán siendo lo mismo: el barrido, el arreglo de las acequias, la colocación de bancas, siembra de árboles y el cuidado de los animales.

Para 1918, el alcalde Jerónimo Siller informa que la alameda «lucía muy mal».

En 1924, empieza el tecnicismo a todo vuelo. Se informa:

En la Alameda Mariano Escobedo se echó el pavimento de concreto en la mayoría de las pilas o surtidores interiores.

Luego vino el remanso, en el informe de 1930, se dice:

La gran Banda Militar, debido a una espontánea oferta del General de Div. Don Eulogio Ortiz, ha cubierto algunos servicios en la Alameda Mariano Escobedo.

El licenciado Generoso Garza Chapa, alcalde de Monterrey, en 1931-32, dice:

En los jardines de la Alameda Mariano Escobedo, en completo abandono, se trabaja por arreglarlos con un estilo francés, se reconstruyó su quiosco que amenazaba ruinas y se retiraron y quitaron en lo absoluto todas sus glorietas.

En 1936-37, el alcalde coronel Leopoldo Treviño Garza, informa: La Alameda Mariano Escobedo fue

reconstruida en todos sus andadores e instalaciones de los juegos de niños y fue reforestada.

Vendrían luego los cambios. En el trienio 1943-1945 el alcalde Constancio Villarreal informa:

Atención especial de que ha sido objeto la alameda Mariano Escobedo, dotada ahora de 29 artísticas glorietas de cemento y mosaico en el interior del parque y de ocho macetones en las cuatro esquinas del mismo. Se plantaron rosales... En lo que antiguamente fuera Centro Café Alameda, se construyó el Jardín de Niños Alameda, con capacidad para 300 educandos menores... El parque infantil que se encuentra en la Alameda Mariano Escobedo, fue objeto de importantes mejoras, habiéndose construido un resbaladero consistente y de proporciones regulares, instalándose asimismo, aparatos de índole deportiva.

En 1948, el alcalde Félix González Salinas informa:

En el 350º. Aniversario de la fundación de Monterrey, hubo concurso de canciones en la Alameda Mariano Escobedo, frente al Jardín de Niños Alameda. Se colocaron 166 bancas de madera.

En 1953, el alcalde Alfredo Garza Ríos informa que se hicieron trabajos de compostura y construcción de un nuevo piso al quiosco de la Alameda.

Pasó más de una década y desapareció el quiosco. Se hicieron nuevas construcciones y arreglos. En 1975, el alcalde Leopoldo González Sáenz informa:

Se reabrió el zoológico y se cuenta con el aviario, acuario y herpetario y el Teatro al aire libre y se llevó a cabo el Concurso de la Rosa. Todo en la Alameda Mariano Escobedo.

En 1979, el alcalde César Santos dice:

Se construyó el insectario en la Alameda Mariano Escobedo.

Mas la historia de la Alameda es también una historia llena de imágenes y de recuerdos. Una historia de cada generación en su estilo de pasear, de meditar, y de platicar por la alameda. Cada generación que ha concurrido lo ha hecho de manera particular, pero buscando lo mismo: soledad y descanso... al tratar de lograrlo, se ha topado, también digámoslo, con un tiempo distinto en el calendario de la Alameda.

Calendario menor, en el calendario mayor de un Monterrey que ha ido transformándose. De un Monterrey cada vez más diferente y a su vez igual.

Desde la alameda porfirista, vecina de viejas casonas y su penitenciaría al lado, hasta la alameda de hoy, envuelta en la metrópoli, han visto pasar generaciones y modas, ritmos e inquietudes. Ha visto pasar, en fin, a las muchedumbres sin nombres meditando y platicando entre ellas mismas.

Los paseos por la Alameda en la época del general Reyes, tenían la rigidez y elocuencia de las grandes obras en marcha, del despegue industrial y del orden establecido. Era la ciudad de los 70 mil habitantes y, como decía el informe del alcalde de 1904,

era visitada por «las mejores familias de Monterrey».

En la década de los 20s y de los 30s, la Alameda recibe otra generación, a una generación intermedia; la que oscilaba entre el pasado y los nuevos cambios que se generaban en el estado y en el país. Era el Monterrey de los 137 mil habitantes. De la eferescencia de las luchas sociales y políticas.

En la década de 1940, la Alameda se modernizará. El traslado de la Penitenciaría, la creación del kínder de la Alameda, los paseos en automóvil y en bicicletas, los juegos deportivos, la alberca infantil, el zoológico, el inicio del Cine Monterrey.

Luego en los 50s, la Alameda será vecina del Televicentro novedad en la comunicación en aquella ciudad que pasaba de los 190 mil habitantes, a los 333 mil. La expansión se había venido encima. La Alameda, por fuerza, se haría más popular, más juvenil y más infantil.

De los 60s a la fecha, todos tenemos recuerdos frescos de la Alameda. Mis recuerdos, por ejemplo, son pueblerinos, de maestro principiante de escuela primaria y de militante del Partido Comunista. La Alameda era el cruce para llegar a la Sección 43 del Sindicato de Maestros, las charlas en el restaurante de la Alameda, las reuniones conspirativas en el Café Lisboa o las tardes de escapada en el Cine Monterrey, allá en una esquina, la novedad del teatro Teresa Montoya.

La feria en el pentatlón sólo alcanzaba para las hamburguesas de 80 centavos, el café de 25 centavos y la entrada al cine de un peso.

La Alameda era la parada del camión para tomar la ruta *Celulosa*; el sube y baja de los cantantes de camiones urbanos, el pasear de los vagabundos que dormían en sus bancas... El sin fin de parejas enamoradas y las constantes juntas clandestinas que hacíamos en el quiosco para apoyar a la Revolución Cubana cuando la crisis de los cohetes en octubre de 1962 y denunciar la agresión del imperialismo yanqui.

Los policías en bicicletas silbando a la media noche y nosotros esperando su paso para después correr y hacer rápido una pinta que dijera: «Viva la paz mundial». Hoy, la lucha por la paz es en la explanada, con gobernadores, obispos, boys scouts y cámara de televisión.

Con nostalgia recuerdo a los vecinos de las calles en torno a la Alameda, sentados todavía en sus mecedoras en las banquetas, platicando al anochecer de los intensos veranos, en las grandes mansiones y en las pequeñas casas vivían aún las familias. En los andadores y bancas de la Alameda, por las mañanas y por las tardes, grupos de amigos, viejos y jóvenes, platicando.

Para quienes veníamos de fuera, conocer la Alameda era conocer Monterrey. Un punto de referencia extenso... «¿De la Alameda, cerca o lejos?». Era la ubicación de la geografía urbana que daba seguridad para saber dónde estábamos y cuánto conocíamos de aquella ciudad donde nos asistíamos en casas de 350 pesos mensuales.

Para nosotros, la Alameda fue Monterrey y sus calles de Villagrán, Villagómez, Rayón, Privada Ala-

meda, Amado Nervo, Aramberri, Ruperto Martínez y Espinosa, Cuauhtémoc, Jiménez, Washington, 5 de Mayo y 15 de Mayo, Álvarez y Serafín Peña, como el primer cuadro en los adentros de un Monterrey al que ingresamos inquietos porque creíamos tan proletario como reaccionario, tan ciudad como tan pueblo, pero que al fin de cuentas nos formó republicanos, nacionalistas y regiomontanos... y por eso lo queremos francamente.

En la Alameda se quedaron muchas cosas de nosotros: acciones, nombres y fechas de historias que no hicimos... andares y sueños. La Alameda se quedó con todo ello... ¡Vaya archivo entre los árboles!...

Pasó el tiempo... dejamos de ir a la Alameda. Un soslayar intencionado... Algunas noticias nos llegaban: el quiosco se perdió, quitaron aquello, agregaron lo otro, colocaron puestos... En fin, la Alameda estaba «muy fea», decía la gente...

Un día cuando regresamos, nos volvíamos desconocidos entre miles de paseantes, entre cientos de vendedores ambulantes y merolicos, juegos mecánicos, rifas, tómbolas, elotes, churros, raspados, payasos, mítines del PRI, PAN, PSUM. Presos Políticos, bandas de guerra y pentatletas. Nos perdíamos sin preguntar nada... Sólo veíamos, sonreíamos... Luego nos decidíamos: una foto para los niños y nos vamos.

No muy seguido, pero volvíamos... Ya se oía hablar de una macroplaza. ¿Qué será una macroplaza?, nos preguntábamos, recordando las mejores vistas panorámicas de la Alameda, desde los camiones urbanos «Hospital Civil», «Celulosa y «San Nicolás».

Desde los carros no es posible observar bien la Alameda. Hoy comprendo que la Alameda era macro desde la vista panorámica de camión urbano por más destartado que estuviera; lo mismo con la Macroplaza, en carro es micro, en camión es lo que es, a «patín», ‘es el corazón del valle de Monterrey’.

Retomé la querencia en definitiva. Comencé a ir solo o en familia. Recordaba que mi padre también se reunía por las tardes con viejos amigos. Quería pasear por la Alameda, por los andadores, enseñarles a mis hijos a disfrutar el estar con la gente, a integrarse como nueva generación de la Alameda.

La Alameda cumple 125 años en un Monterrey metropolitano que se ha sumado ocho o más municipios y más de 100 FOMERREY, al igual que un centenar de colonias populares. Las gentes de ahora de la Alameda, al pasear, son tan diferentes como yo o tan iguales como yo.

Caminaba hasta hace poco con los niños por entre los juegos mecánicos, el pequeño zoológico, el matinée, las últimas bicicletas rentadas y, por supuesto, la última subida al caballito para la foto, con la última cámara fotográfica de cajón y tripié que aún quedaba... No sé si en los niños hayan quedado esas imágenes...

En ese ínter viene la macroplaza y la gente se trasladaba de un lugar a otro. La macroplaza sentó sus reales en 1984; entonces la Alameda como que empezó a cambiar. Se quitaron los puestos de cementos, salió el kínder, los juegos mecánicos y el resbaladero, aquel grandote. Se eliminaron muchos árboles viejos, se reforestó de nuevo, se eliminó tam-

bién el zoológico con todo y los peces, los cocodrilos, las víboras, los patos, los pájaros en jaula, los flamings y demás animales, todo fue a dar al parque La Pastora, según se dice.

Algo empezó a transformarse, algo que aún no termina... El sueño se sueña una vez más... pese al cambio del trienio y el sexenio, la Alameda como que renace sobre sí misma. Quizá sólo falta el proyecto de un quiosco igual de bonito como aquél que el Ayuntamiento de 1892 pagó en 2,400 pesos...

Bien, Alameda, ¿cómo estás ahora?... Sé que tienes un total de 557 árboles viejos, entre ellos más de 15 centenarios y 694 nuevos árboles diversos. Y que deambulan 15 puestos permanentes expendiendo comida y 12 ambulantes, destacando, entre todos, don Pedro Avalos Sánchez, vestido de blanco, canasto y tripié. 57 años de barbacollero; 77 de vida; 37 carritos para bolear y 10 fotógrafos de toda la vida. La fuente afónica de CRI-CRI, quinceañera, pues tiene ahí desde 1971. Sé que te circundan 11 líneas de camiones urbanos, tres sitios de autos y muchos parquímetros. También sé que tienes 206 bancas, las mismas que siempre has tenido.

Sí. Sé que estás rodeada de un nuevo contorno, diferente al de 1895 programado por el general Bernardo Reyes en su decreto No. 19, cuando dio concesiones por cinco años en el pago de impuesto predial a todos los que construyeran mansiones con valor por arriba de 8 mil pesos en torno a las primeras calles de la Alameda y de la Calzada Unión. Hoy te envuelve un movimiento comercial de todo tipo. En tus calles de Washington, Pino Suárez,

Aramberri y Villagrán, lo mismo tienes dos «michoacanas» que decenas de fondas de hamburguesas y de tacos, colegios comerciales, oficinas mercantiles, peluquerías, billares, agencias de viaje, «Kentucky Fried Chicken», expendios de carne seca, salones de belleza, pizzerías, laboratorios, restaurantes de cabrito y viejas casas que aún perduran, desaliñadas y no menos místicas, como el Centro Filosófico Masónico. La Universidad Regiomontana ha sentado sus reales en torno a ti, ieso te debe de dar gusto!; ahí está su rectoría y su biblioteca y sus unidades de Radio y Televisión, Hotelería, Ciencias Sociales y Comunicación. Tu templo de Santa Cruz, de 1950. Ahí está el maquillado Café Lisboa, con más de 30 años; el Teatro del Maestro donde la Nena Delgado actúa con «Amante Autorizado» y en el Cine Alameda se exhibe la película «Rosa de la Frontera»; en el Monterrey «Ases del Contrabando» y en el Montoya «Travesuras de un lobo adolescente». Pero también tienes el lugar predilecto de la juventud popular que te visita: El Salón Alameda con la Ronda Bogotá de Celso Piña ¡A bailar todo el mundo el domingo por la tarde!...

Por ahí cerca, en Villagrán y Cinco de Mayo, el Bar Alameda de viejos recuerdos: único lugar en donde por la radiola se escucha música clásica.

Todo eso y más te envuelve. No es lo de antes. Es lo original de ahora. Son cosas de los tiempos. Tú mejor que nadie, lo sabe y lo entiende. Ya no eres la Alameda de las «mejores familias» de una ciudad de 70 mil habitantes. Eso es poco para ti ahora, eres la Alameda de una zona metropolitana de más de 3

millones de habitantes. Eres la Alameda de las «mejores familias» entre millones que te quieren bien... Sólo los que te quieren bien te disfrutan. Son muchas las familias de capas medias que alguna vez dicen: «bien... Vamos a la Alameda». Y eres tan interesante históricamente, que aun los sectores adinerados te procuran visitar de vez en cuando por intelectualismo de antropología social... ¡Fíjate, fuimos a la alameda!...

Sí. También sé que estás triste... Muy triste... Sé que no es por ti... es por lo de la Calzada Madero. Por el abandono y la desprotección en que se le tiene... La sigues viendo como tu hermana menor y no te parece cómo le tratan a la que fue la más bella de las calles de Monterrey. ¡No te apures!, quizás cuando cumpla cien años, en 1990, ya la rehabiliten...

En fin... Lo mejor: Alameda Mariano Escobedo de Monterrey, es que sigues con nosotros en esta ciudad, casi cuatricentaria y en esta zona metropolitana que concentra al 85 por ciento de los habitantes de Nuevo León. Un consejo: sé que no te hace falta, pues es mucho lo que sabes y has soñado: no tengas recelos de la macroplaza por lo grandota y exigente que es; tú ya pasaste las pruebas de los tiempos y en todo le puedes dar ventaja a cambio de que a la vuelta del siglo llegue a perdurar como tú siempre lo estarás.

Alameda, ya que no te has ido, quiero soñar contigo lo que soñé cuando te conocí...

BIBLIOGRAFÍA

1. *Estampas Antiguas de Monterrey*. 1941. José P. Saldaña.
2. *Nuevo León. Enciclopedia de México*. 1973. Israel Cavazos Garza.
3. *Historia de Monterrey*. 1971. Andrés Montemayor Hernández.
4. *Informes Alcaldes de Monterrey de 1886 a 1895*.
5. *Imágenes Fotográficas del Monterrey de Ayer*. Silvia Cárdenas de Mayer, Delia de Peña de Ocaña.

II
CALZADA MADERO,
¿QUIÉN TE QUIERE?

CALZADA MADERO, ¿QUIÉN TE QUIERE?

1..- Convertir a la ciudad misma, a sus viejos barrios a sus calles y avenidas, a sus plazas, centros de reuniones y viejos cafés, en temas de literatura y de historia urbana, es una necesidad urgente de nosotros mismos. Que sólo nosotros podemos hacer.

La ciudad y sus lugares tradicionales son espacios llenos de tiempo. Llenos de espíritus que soñaron y de generaciones que por ahí pasaron... son ahora espacios en busca de nuevos sueños y de nuevos propósitos de las generaciones de ahora.

Uno de esos espacios tradicionales con su propio tiempo, sus propios sueños y que ha generado una cultura de identidad en Monterrey, es la Calzada Madero.

No nos proponemos, por ahora, hacer exactamente la historia de la Calzada Madero, sino más bien un acercamiento al tema. Por eso, para entrar en materia, nos hemos propuesto respondernos nosotros mismos a una inquietud: ¿Puede ser la Calzada Madero un tema de historia urbana? Y si lo es

¿tiene importancia?

Nosotros pensamos que sí puede ser un tema de historia urbana y que sí tiene importancia para Monterrey.

Es un tema de historia urbana, política, cultural y social porque abarca un espacio y un tiempo en desarrollo del último siglo de la ciudad de Monterrey. Porque es una referencia tanto para los habitantes de la ciudad misma como para aquellos que venían a conocerla desde otros municipios del Estado.

Debido a ello tiene importancia, porque lo que sucedió en el espacio y en el tiempo de la Calzada Madero genera una gran cantidad de vivencias culturales donde se puede extraer un caudal de temas para la literatura, para la crónica y la historia misma. Esas vivencias reportadas en distintas generaciones forman uno de los mejores capitales de nuestra nostalgia urbana que nos dice algo de cómo fue, ha sido y es una ciudad como Monterrey.

La Calzada ha vivido de sueños en sueños durante casi un siglo para toparse de trecho en trecho con las nuevas aspiraciones de expansión y de modernización de la misma ciudad que la engendró. Ideada como una puerta de entrada a la nueva ciudad comercial e industrial de entonces 40,000 habitantes, nació como una lujosa gotera casi en las afueras de la misma. Como el punto de ubicación para los forasteros que arribaban por el ferrocarril. Fue el conecte con las estaciones de autobuses y la toma de los camiones urbanos por Reforma o por Arteaga, para ir por todo Monterrey. Fue también el lugar de las carpas y de los teatros ambulantes, de los cines y de los cafés tradicionales. Fue también lugar de los

paseos y de una zona comercial que arraigó para no salir.

Creada durante el porfiriato con el nombre de Calzada Unión, la Revolución la rebautizó con el nombre de Calzada Madero, reforzando con ello su carácter popular, citadina y pueblerina de una ciudad aún conocida por todos.

Aquel habitante de la ciudad se definía frente a la Calzada: *Monterrey tenía una hermosa y bella Calzada, una calle ancha y larga*. El pueblerino más práctico e ingenuo la usaba como referencia: *de la Calzada ¿cuántas cuadras?*

Así, la Calzada Unión, después Calzada Madero, se materializó como una tangente para sentir la ciudad, tanto para los que vivían en ella, para quererla y para aprender a conocerla.

Políticamente la Calzada Unión fue un propósito modernista del porfiriato. Fue una identificación ideológica como Calzada Madero de la Revolución Mexicana. Fue técnicamente, en la época post-revolucionaria, inicio de una nueva modernización de Monterrey; pero sobre todo, socialmente fue asiento de una cultura popular; de los hombres que se sentaban a meditar en sus bancas, a pasear por las tardes y de los anhelos de luchas cívicas de muchos sectores populares.

2.- Sabemos que todo eso transcurrió en el espacio y en el tiempo de la Calzada. Sabemos de espíritus vivos y espíritus muertos que nos pueden informar de esas nostalgias. Para ello están: los informes de gobierno de Bernardo Reyes, de Aarón Sáenz y de muchos más. Están también los recuerdos de los

jóvenes vecinos de la misma Calzada o de las calles adyacentes que salían a pasear y a sentarse en las bancas e incluso sacando sus propias sillas y mecedoras. Están también los recuerdos de los hombres y de las mujeres de los municipios que recorrían la Calzada con sus bolsas de mano en busca de alguna mercancía. Están también los recuerdos de los viejos vendedores, boleros y fotógrafos de la calzada, de los actores de carpa, de los viejos luchadores y boxeadores, de los antiguos bohemios de las cantinas y cafés, de los músicos y de tantos otros transeúntes.

3.- Nuestra ciudad de Monterrey siempre ha soñado. Es una de las características que la han distinguido. Para nacer en 1596, se soñó ciudad metropolitana. Sueña tanto por delante, que a veces se olvida de lo que soñó y después hace las cosas en otro sentido. La ciudad siempre quiso crecer. Crecer y modernizarse. Crecer e industrializarse, tomar porte y abolengo. Tener una nueva cara. La calzada fue engendrada por el sueño de la industrialización.

Un día se soñó con una calzada, allá al norte, cerca de la estación de ferrocarril, tener una callesota grandota en que todos los sueños de gallardín afrancesado fueran realidad. Esos sueños empezaron en 1892. Pasaron por muchas décadas de desvelos y de insomnios hasta que un día, sin saber cuándo, la pesadilla de una ciudad de casi dos millones de habitantes, ha eliminado el sueño inicial. A la Calzada le abate la pesadilla actual de la metrópoli.

Se acabó. Sólo quedó el espacio y pedazos de tiempo arrinconados entre resquicios de puertas, paredes de sillares, las ramas de viejos árboles y unas

palmeras ojerasas.

La avenida Madero tiene ahora una longitud de cerca de 9 kilómetros, con una anchura en su mayor extensión de 42 metros. La prolongación de de esta vía y paseo se debe a la cooperación de los señores propietarios de los terrenos que atraviesa y que son Don Lorenzo H. Zambrano, Dr. Nicolás de los Garza, Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey.

Aarón Sáenz, 1929.

El esquema para que los sueños de aquella Calzada no se pierdan y la nostalgia de los ciudadanos y pueblerinos sirva a la literatura y a la historia urbana, nos ha llevado a recoger múltiples informes, datos y referencias que trataremos posteriormente de ubicar en tres grandes capítulos:

- La historia, la geografía y la ecología de la Calzada Madero.
- De la cultura en que fue engendrada a la cultura en que fue abandonada.
- El espíritu de clase.

Los antecedentes de la Calzada Madero tienen a fuerza que ver con los esfuerzos de Gobernantes y de obispos coloniales y de gobernantes republicanos por mantener y engrandecer la ciudad. A fines del siglo XVIII, el Segundo Obispo de la Diócesis, Llanos y Valdez, se propone transformar la ciudad, urbanizarla y de hecho intentar cambiar hacia la parte norte por ser más alta y segura. De esta época, de 1791, es el primer plano de la ciudad, que debemos a Juan Crusset y las nuevas construcciones en las zonas que después van a ser los barrios del Cole-

gio Civil, del Roble y del Mercado Juárez.

Isidro Epstein es el primer ingeniero de la ciudad en 1865. Su obra de planeación la continuará Francisco Leonides Mier. Hacia 1865, Monterrey llegaba sólo hasta la calle Washington. En 1882, se produce un acontecimiento transformador: la entrada del ferrocarril a Monterrey. Posteriormente con ello, el poblamiento de barrios como El Nacional y Del Golfo, en torno a las respectivas estaciones.

En 1888 se inicia prácticamente la era de Bernardo Reyes, expresión del porfiriato en Nuevo León, que toma las formas políticas de los clubes de *Unión y Progreso*, especie de frente amplio del reyismo-porfirismo en nuestro Estado.

El gobernante se propone un cambio urbano y en 1892 se hace el trazo de la Calzada Unión y el ferrocarril; entre la Calzada Unión, de oriente a poniente, como puerta de entrada a la ciudad, trazo que realiza el Ing. Florentino Arroyo.

Surge así una relación urbana entre la Calzada Unión y el ferrocarril; entre la Calzada Unión y una población inquieta por el comercio y la industria; un mundo nuevo con un espacio nuevo que de oriente a poniente llegaba de las calles de Zuazua a Juan Álvarez. Su estampa era ancha, recta y sembrada de árboles, con construcciones nuevas de cierto aire francés.

La más ancha y hermosa avenida de la ciudad... La Calzada Francisco I. Madero.

Aarón Sáenz, 1929

Se erigiría el primer gran monumento: el Arco de la Independencia de 1910. Después el pequeño obelisco de la consumación de la Independencia, en 1921. Esto para darle prestigio.

La calzada estará siempre en constante prolongación: la construcción de la Escuela Álvaro Obregón en 1929, así como el inicio del tramo de la Carretera Monterrey-Cadereyta Jiménez, materializarán los propósitos de prolongarse más y más hacia el oriente.

Lo mismo pasará hacia el poniente: Los Molinos Santos, la Cigarrera La Moderna y la construcción, sobre todo, del Gran Hospital Civil, convertirán aquellos llanos en prolongaciones de la calzada.

La memorable Ley de Planeación y Construcciones Nuevas de la ciudad de Monterrey, del 30 de noviembre de 1927, marcó el punto de partida de la nueva era de previsión y de progreso en que nos abatimos.

Aarón Sáenz, 1929.

La Calzada Madero ha tenido enfoques institucionales e ideológicos en un siglo de existencia: la engendró el porfiriato de Bernardo Reyes, de 1892 a 1909, con el nombre de Calzada Unión. La rebautizó la Revolución, en 1915, con el nombre de Calzada Madero y la transformó la post-revolución institucionalizada, con sus consabidas euforias y abandonos sexenales.

La Carretera Nacional hacia 1929 elevará y popularizará más la importancia de la Calzada Madero. Entre el ferrocarril y la carretera acabarán por enterrarse los sueños afrancesados de la misma. Se-

guirán nuevos sueños al calor de la modernización que impulsará en el Estado Aarón Sáenz y los posteriores gobiernos. La Calzada será un gran centro comercial, un gran centro de actividad urbana y política donde se conjugarán, además, todas las expresiones de la recreación popular y donde las imágenes y los lenguajes del pueblo llenarán sus espacios. En casi un siglo de existencia, la Calzada ha sido expresión de propósitos, proyecciones y desviaciones de los distintos gobiernos estatales; pero por encima de todo ello ha existido una tradición popular en ese espacio. El pueblo reivindicó el espacio de la calzada como centro de actividad cotidiana y de paseo; como lugar de actividad comercial, de actividad política y de movilización, como un lugar, en fin, para sentirse de Monterrey y para definir a Monterrey.

Como centro comercial, la calzada es aún expresión de una práctica diaria para comprar y vender, una especie de escaparate a la mano, de un comercio práctico y rápido. Como diversión, la calzada fue también asiento de todo tipo de carpas y circos trashumanos hasta la década de los 60's. Fue también asiento de grandes zonas de prostitución a sus alrededores. Asiento de tradicionales cantinas, aun hasta nuestros días, así como también de viejos restaurantes, cuyos prolegómenos aún perduran en cafés como el AL, el PALAX, el RITZ, el RUBIO y el MANOLÍN.

Es una mezcla, la Calzada Madero, de comercio viejo y activo de todo tipo: de joyerías, cines, zapaterías, tiendas de ropa, relojerías, fotografías, librerías, ferreterías, cantinas, farmacias, bancos, consultorios, funerales y unos cuantos hoteles.

Políticamente albergó una tradición de mítines y de actos obreros. De manifestaciones el 1º de Mayo y de la labor de los partidos de izquierda. En lo ecológico, un intento de embellecimiento con sus grandes árboles y palmeras, sembradas y resembradas durante varias ocasiones y abandonadas hoy a la decidida y a la muerte.

En suma, hoy en día la Calzada Madero expresa que la improvisación llegó a su fin, que ya no hay nada nuevo que improvisar. Todo está acabado, todo está lleno, todo está abandonado.

Todo indica que el ingenio oficial llegó al límite de convertirla en zona peatonal o de cambiar en otro sentido su circulación; en tumbar todos sus árboles y palmeras secas para sembrar césped; o cambiar sus bancas de rejas a bancas de concreto.

La Calzada Madero muere centenaria, abandonada y sin hospicio. Eso hay que reconocerlo. Sólo hay una salvación: reconocer que aún existe el espacio. El espacio existe. Los sueños están en el aire; el tiempo hay que atraparlo, todo ello lo saben los miles y miles de transeúntes de las nuevas colonias, de los Fomerrey y de los habitantes de los pueblos circunvecinos que vienen a Monterrey. Lo saben. No lo pueden decir, pero lo saben.

Todos esos habitantes saben que junto a ellos caminan muchos viejos espíritus que antes barrían las banquetes de las casas y paseaban tranquilamente por los andadores. Lo saben, pero no saben qué hacer.

Sólo quedan los cafés, como el último refugio de las pláticas cotidianas, en donde los ciudadanos y pueblerinos retienen lo viejo de la calzada.

Los vecinos de las calles de Arteaga y de Carlos Salazar han huido de la calzada. Sólo se asoman a veces, pero ya no van a ella a sentarse en sus bancas. Reforma y Colón han sido transformadas vertiginosamente. El camellón ha sido atrapado por rifas y eventos; por la suciedad y el abandono. Los boleros ya no son aquellos boleros de la calzada y se fueron también los últimos fotógrafos ambulantes.

Por último, en la época del esplendor de la Calzada Madero, cuando todo el pueblo la hizo suya, había un fuerte espíritu de clase popular, de gente de trabajo, de obreros y de hombres rústico de los pueblos vecinos.

En el otro extremo de la ciudad estaba el abolen-go de la Plaza Zaragoza, que correspondía a la gente tradicional de Monterrey. Por la misma ribera del río, hacia el oriente, la Plaza de la Purísima para una población más refinada que veía su futuro en otra tangente: la tangente de la colonia del Valle, de Chipinque, que corona la M de Monterrey.

A los habitantes de esos otros extremos de la Plaza Zaragoza y de la plaza la Purísima se les prohibía venir a la Calzada Madero, pues era el lugar de carpas, de las diversiones baratas, para la gente de muy diversos orígenes; el lugar de los actos y mítines de los obreros y de los partidos de izquierda. Entonces la Calzada Madero tenía un fuerte espíritu de clase.

Hoy, la Calzada Madero tiene un espíritu revuelto. Se ha prolongado tanto por oriente y por occidente que ya no se sabe dónde termina y si termina ya no se sabe dónde empieza.

Hoy la Calzada Madero se busca a sí misma. O mejor dicho, los viejos espíritus dispersos se buscan a sí mismos en el conjunto de la zona metropolitana. Se empieza por recoger los sueños, las vivencias y a integrar las nostalgias de todos.

Apoyándonos en la existencia del espacio y en el tiempo donde se generó una cultura popular. Pese a que ahora sea una calzada sin maquillaje con palmeras muertas que parecen pestañas de damas callejeras o los rostros de obreros que doblaron turno...

Calzada Madero, ¿quién te quiere?

Monterrey, N.L., a 17 de octubre de 1985.

Monterrey, las nostalgias de una ciudad, de Celso Garza Guajardo, se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2009 en los talleres de la Imprenta Universitaria. En su composición se utilizaron tipos New-Baskerville de 8, 9, 10, 11, 12, 14, 18 y 30 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Dinorah Zapata Vázquez, el formato electrónico y portada de Héctor Manuel Pérez Mtz.